

rencia, de las páginas del maestro, en las cuales las frases corren, rítmicas y espontáneas, como las aguas de un arroyo, lo han creído y lo han proclamado. El mismo Moreas aceptaba el dogma de la naturalidad sin afeites de Anatole France. Y agregaba:

—Por eso resulta tan monótono...

Pero se equivocaba. El estilista que ha compuesto con las mismas manos doctas y pacientes *Thais* y *La Rotisserie de la Reine Pedanque*, *Le Lys Rouge* y *Le Mannequin d'Osier*, *L'Etui de Nacre* y *Le Crime de Sylvestre Bonnard*; el mago cuyas frases cantan con igual perfección ardientes himnos de amor y epigramas ligeros; el pintor que lo mismo nos ofrece inmensos frescos, en los cuales palpitan los esplendores antiguos, que diminutas tablas, en las que brillan los perfiles maliciosos de las parisienses; el coroplasta que, después de una ánfora, modela una figurina danzante, y después de una estela funeraria cincela una metopa báquica; el que, con la materia flotante del idioma, ha realizado la unión de las artes soñada por los wagnerianos; el que pone en sus obras música, color y línea; el incomparable maestro de todos los maestros, no es monótono. Es inconfundible. Sus páginas llevan siempre el mismo sello, y su lengua tiene siempre el mismo acento. Pero dentro de esa singularidad que constituye el estilo y el carácter, el número, el ritmo y el movimiento, son infinitos.

—Infinitos, tal vez... Fáciles, no...

Y estas últimas palabras no soy yo quien las pronuncio, sino el propio Anatole France. Hay que leer el testamento literario en el cual el maestro confía a uno de sus discípulos el secreto de su arte, para darse cuenta de lo que significa el trabajo, el esfuerzo, la labor escrupulosa, dentro de la realización literaria. Venid, hermanos míos; venid, vosotros los que creéis que se puede escribir cual los pájaros cantan; venid a escuchar estas confidencias que casi son de ultratumba, si queréis tener una idea de la paciencia que se necesita cuando se quiere llegar hasta el milagro. ¿No habéis dicho más de una vez con orgullo que sois capaces de enviar vuestras cuartillas a la imprenta sin leerlas? Pues leedlas después de publicadas. Y si no encontráis en ellas nada que os cause vergüenza, es porque, verdaderamente sois incorregibles. Corregir; he ahí la clave del arcano.

El autor de *La vida de Jesús*—a quien también se considera por todos como uno de los brujos de la sencillez fácil, cristalina y espontánea—corregía seis veces las pruebas de sus libros. ¿Os espantáis, hermanos? Pues Anatole France, en esto como en todo, va más allá que Ernesto Renan. Anatole

France corrige siete pruebas, para quitar y poner; para quitar, sobre todo; y también para buscar el ritmo, que no sólo depende de la medida, sino también de la puntuación, y para dar relieve a las imágenes; y para limar los ángulos que se forman al pasar de un párrafo a otro; y para limpiar las frases de conjunciones, de consonancias, de repeticiones.

—Ante todo—dice, dirigiéndose a su joven amigo—hay que arrancar las malas hierbas del *que*, del *pues*, del *quien*, del *por lo cual*, del *cuyo*, del *tanto más*, que dan a la prosa un aire collituerto. Para eso, resulta necesario desterrar el punto y coma, signo bastardo, que no es ni punto ni coma, y que si convenía en la época de las arengas y de las oraciones fúnebres



El poeta RAFAEL ESTRADA

(Visto por Noé Solano).

Noé Solano, Paco Rodríguez y G. Vargas Arce forman la generación joven de caricaturistas nacionales; cada uno cultiva un sentido personal bien marcado en su arte. Noé Solano se distingue por la expresión psicológica en sus caricaturas de género, de las cuales los lectores del REPERTORIO ya tienen conocimiento por la de Paco Ruiz y la que ahora se ofrece. Es de notar en esta del poeta Estrada la sobriedad de líneas, la estilización de los conjuntos (el pelo, los ojos, los bigotes), subordinados a la expresión general; quien haya leído a Estrada y lo conozca encontrará en esta caricatura el temperamento inquieto a la vez que la concentración reflexiva y la aguda visión de las cosas, que parecen caracterizarlo.—C. L. S.